

Mastín, cállate; que ya la noche

(CUENTO)

Por JESÚS DELGADO VALHONDO

—ARRIBA, mastín—decía yo—vámonos. ¡Vámonos monte arriba! Hoy cogemos el cielo. Mira los robles cómo lo están tocando. Parecen esqueletos de arpas, tan sin hojas, abandonadas de los ángeles. Anda. No seas perezoso. Vamos.

El mastín me miraba manso y turbio, acariciándome no sé qué aire algodónoso que suponía me rodeaba. Se levantaba lento y me seguía. A andar nos poníamos, mirando, si nos parábamos a respirar, hacia la cumbre. Con ansia de cielo íbamos. Con ansia de cielo y de aire, de azul y de infinito. Cuando faltaba poco para llegar hacíamos nuestros pasos más frecuentes y terminábamos corriendo.

Yo llegaba cansado y me sentaba lleno de fatiga. El me miraba serio y triste, después metía sus ojos en la inmensidad del vuelo supuesto, deseado, soñado largamente.

Yo le consolaba diciéndole: «Mañana vendremos más deprisa y el cielo no se nos escapará». Terminaba poniendo su cabeza en mis rodillas y yo miraba y no veía nada ni pensaba en nada.

Bajábamos despacio. El sol caía en el vacío y el horizonte iba encogiéndose poco a poco. Todas las cosas parecían falsas en sus sombras; el vuelo del último pájaro, el árbol, la roca.

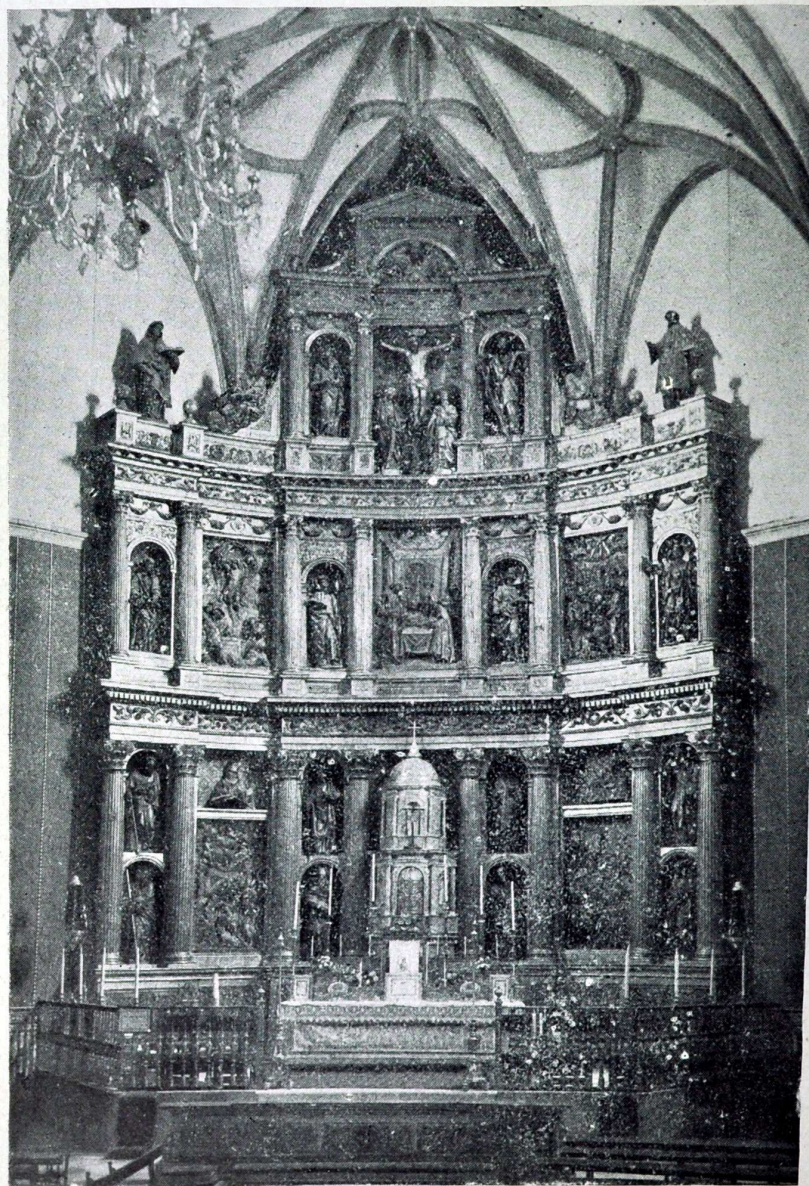
Un día le dije a mi mastín: «Mañana me marchó. He encontrado trabajo en la ciudad. Estoy contento. Quiero ir allí porque soy hombre y el paso mejor que ha dado el hombre es la ciudad. Yo quiero ir y venir y volver a ir de un lado para otro, con un afán de trabajo, aunque ese trabajo, como yo me sé, sea una constante *grippe* del ánimo y tenga mucho de hormiguero».

Los ojos de mi mastín eran bolas de masa sanguinolentas. El día de mi despedida, me parecieron dos llagas franciscanas.

* * *

Llegué a la ciudad de Carlés un lunes por la tarde. La casa de huéspedes que me recomendaron olía a verdes podridos de huertas. La habitación que me destinaron era pequeña e interior. Allí me quedé sobre la cama desgranando mi quehacer, del siguiente día, en todas sus horas.

No lograba conciliar el sueño, quizás por mi excesivo cansancio, y estuve recorriendo mi habitación palmo a palmo. En el interior del armario, único armario que había, encontré varios libros. De uno de ellos cayó una cuartilla escrita. Daban las dos en ese momento en un reloj no muy lejano.



ALBUM EXTREMEÑO: Iglesia parroquial de Almendralejo. Gran retablo del siglo XVII

La cuartilla decía:

«Todas las noches tu presencia se me hace cierta. Me parece que me llamas y te temo».

«¡Cuánto trabajo me cuesta dormir! Y cuando viene el sueño procuro rechazarlo creyendo que si me duermo jamás voy a despertar!»

«Todas las noches me muero un poco. La muerte debe de ser como estas pesadillas que me dan. Ayer fué un pozo el que me ahogaba entre su agua negra. Hoy, mis manos miradas por mí y pensadas en esqueleto, tocaban mi carne en plena putrefacción». «Me da miedo de mí mismo. Es mi alma acobardada ante mi carne, ante mi cuerpo, ante mi humanidad».

Seguí buscando entre las hojas del libro y otra cuartilla encontré en la que se leía:

«Hoy he comprendido mejor tu sonrisa mezclada íntimamente a tu agonía. Ambas me confunden y me martirizan».

«Todas las noches tu presencia se me hace cierta. Me imagino que me llamas y te temo. El más pequeño ruido me parece el paso de alguien que quiere robarme la vida apretándome lentamente el corazón».

«Te burlas de mí porque temía a la muerte en tu muerte. En ella me dices que es corto el camino. Te daba lástima de mí».

«No sé por qué viene a mí esa piedra escrita»:

«No hay cosa
que más despierte
que morir
sobre la muerte».

«Perdóname que tímidamente tiemble ante la sombra conjugada de mi cuerpo. Ante ese espacio nulo de mi abrazo final en raíz de tierra profunda».

Daban las tres cuando volví a recordarme que existía en una habitación de una casa de huéspedes en Carlés.

Un tal Rodrigo Gómez de Sierra era quien había dejado mi habitación y a quien pertenecían los abandonados libros: un tratado de la angustia, un libro de poesía, una novela titulada: «Un hombre, solo», un Derecho civil y otro criminal.

Dicho Rodrigo—según mi patrona, mujer pequeña que arrastraba mucho los pies y creía en apariciones—vestía siempre traje negro, se quejaba constantemente de dolores en la cabeza, de padecer insomnios, de consumir el tiempo mirando fijamente el vacío. Y si algo más me dijo—creo que sí—no lo recuerdo ahora.

Llegó a obsesionarme la muerte. Me ahogaba en Carlés, llegué a encontrarme lejos de todos, aislado, lleno de una soledad oscura, novembrina, húmeda, de jardín abandonado. Parecía que andaba sobre carámbanos. El cielo también era un gran carámbano gris.

Así no podía seguir, tenía que sobreponerme. Iba a terminar

loco. Me asustaba hasta el volar de una mosca—las sombras—alrededor de la bombilla. Como remedio a mi mal me propuse buscar a Rodrigo; que yo engrandecía y doraba en un drama, confuso, de tempestad. Porque no solo las cuartillas que he dicho, allí había. Encontré muchas más. En algunas de ellas se cuenta, con conmovedora sinceridad, la impresión producida en él, por la cara de los muertos que iba a ver al depósito de cadáveres del Hospital, del cementerio, de un sanatorio no lejos de Carlés. Habla del terror a la muerte en la cara de un anciano, del asco a la vida que un hombre maduro debió sentir en su último momento, de una llena de resignación, de otra llena de duda, de aquellas que lograron un sueño fácil...

En el Juzgado donde trabajaba Rodrigo pude enterarme de algunas cosas más referentes a él—«Un hombre raro», decían al fin—, y de sus señas en Barcelona.

Cada día tenía mayores deseos de conocerlo. Me estaba asfixiando en su atmósfera. En atmósfera que primero solo la adquiría cuando estaba en nuestra habitación—¡nuestra habitación, llegué a nombrármela a mí mismo!—, pero después me seguía a todos sitios como una naturaleza más, que me lamía el cerebro con una lengua seca y áspera, de esparto, que me producía dolor y no podía pensar ni oír ni ver otra cosa que lo que aquella quisiera.

* * *

Me recibió un hombre alto y flaco que empezó preguntándome si era de la familia de Rodrigo o qué amistad nos unía. Le dije que deseaba verlo para la resolución de algunos asuntos y para devolverle unos libros que tenía suyos; y hacía tanto que no le veía que sospechaba no iba a reconocerme.

Al decir yo las últimas palabras, aquel hombre sonrió amargamente y me dijo que aquella madrugada había muerto nuestro Rodrigo. Levantándose me condujo a donde se encontraba intensamente macilento quien yo tenía tan grandes deseos de ver.

No sé por qué pregunté si había avisado a la familia y me contestó que un tío suyo de la provincia de Cáceres, que se encontraba casualmente en Madrid, vendría. Todo se había dispuesto para que el entierro fuese a las cuatro de la tarde del día siguiente.

Al notarle lleno de impaciencia le indiqué que si tenía que hacer algo se fuese y me dejase allí con mi amigo. Y me quedé solo frente a Rodrigo, lleno, más que nunca, de pánico curioso y enfermizo.

Al principio no conseguí ver nada; todas las cosas se me presentaban en conjunto, un tanto perdidas en no sé qué ceniza polvorienta. Debí de pasar mucho tiempo hasta que mis ojos cansados de buscar, sin conseguir nada, se parasen en un punto cierto—un rincón—y mis ideas se pusieran a ordenar y mi ánimo se serenase.

Aquella cara era la primera vez que la veía. No tenía duda de esto. La edad que representaba el muerto podía oscilar entre los 30 ó 35 años. A veces me parecía mayor. Otras me parecía un niño envejecido, sumamente cansado, arrugado de tanto ser de sí mismo. Sonreía entre místico e irónico. El también mezclaba su risa con su

agonía. No sé si en sus ojos entreabiertos, entre sus labios y dientes, en la frente o en la barbilla, pude ver una profunda tristeza.

Cerca de mí una mesa amontonaba cuartillas escritas. No me atreví a tocarlas, tuve que salir a la calle, confundirme entre las gentes para adquirir valor. Es la única vez que he pedido valor a los demás. Cuando volví me fui a las cuartillas y comencé a leerlas. Leía a saltos, deprisa, nervioso, como si alguien fuese a sorprenderme en un robo, en un crimen, en una depravación.

Rodrigo contaba su infancia en un pueblecito de la provincia de Salamanca. Se detenía mucho en la descripción de las manos de su padre, manos grandes que encerraban a las suyas «como a unos pendientes su estuche».

Al lado del genio casi brutal de su progenitor, que quería absorber la personalidad de todos los que le rodeaban, comentaba Rodrigo el carácter tímido, lleno de paz y pena de su madre, que solo veía contenta cuando la tormenta o la enfermedad—las dos cosas que más acobardaban al padre—le ponía en su papel de consoladora o enfermera. Entonces él se dejaba acariciar como si fuese un niño.

Escribe Rodrigo que un día—en Julio dice que era—estando en el campo con su padre se produjo una gran tormenta. Comenta con todo detalle las veces que llenos de terror rezaron una oración a Santa Bárbara—«Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita, con papel y agua bendita...»—y cómo sin darse cuenta, una vez que desaparecieron truenos y relámpagos, y toda la tierra parecía nacer de nuevo y crecer de nuevo, su padre se le perdió.

Le encontró, al fin, en los corrales de olor a boñiga, donde zumbaban tábanos y moscas azules, haciéndole carantoñas a la hija del guarda, rubia y carnosa, que respiraba siempre siesta, sueño y tierra caliente y llovida.

Esto—dice Rodrigo—le distanció de su padre, a quien nunca más miró cara a cara y—¡con cuánta amargura lo comenta!—«Me llamaba, cuando no estaba delante, señorito y marica». «Este hijo marica que Dios me ha dado».

Quizás por quitárselo de encima consintió, a la menor indicación, que Rodrigo fuese a estudiar a Salamanca. Un tío suyo que vivía en Sierra de Gata, era quien, muy de tarde en tarde, iba a visitarle. Su madre le escribía aconsejándole fuese bueno y encomendándole a San Juan.

Continuaba Rodrigo contando trozos de su vida interior que, por carencia de amigos, era intensa; después la muerte de sus padres y, especialmente, de su madre a la que creía santa y «blanca».

Leyendo no me dí cuenta que había pasado la hora de comer. Entraron compañeros de oficina, de Rodrigo, y cuando me pareció prudente me levanté prometiéndoles que pronto regresaría.

* * *

Pedí un vaso de vino que bebí de un sorbo. Apenas puse los labios en un segundo vaso me sentí tan molesto, que de no hacer un esfuerzo me hubiese caído al suelo. Nubosamente comprendí que

eran las seis de la tarde. Me entraron ganas de llorar. Comencé a vagar por la ciudad. Me encontraba hecho un autómatas de tragedia. Me sentía hueco, vacío, perdido.

Cansado de andar entré en otra taberna y pedí algo de comer. Mientras comía recordé que vivía en Barcelona un primo mío. No sabía sus señas, pero si el nombre de la casa donde trabajaba. Por teléfono pregunté su domicilio particular. Su calle era la misma que la de Rodrigo.

No se encontraba mi pariente en casa y me recibió su hija Rosa. Rosa era cinco años más pequeña que yo. Cuando niña la ví en mi casa alguna vez. Yo le hacía temblar enseñándole sabandijas y ratones. Ahora la hice temblar, como entonces, diciéndole que había venido al entierro de Rodrigo Gómez de Sierra. Estaba intensamente pálida.

Me preguntó con interés qué me unía con este hombre. Ella sabía que no tenía amigos, ni nunca los había tenido. Yo quise descubrir en Rosa el misterio que buscaba. Ella quería saber algo referente a Rodrigo en mí. En ese sospecharnos estuvimos bastante tiempo. Al fin, me dijo que había sido su novia. Y me dijo más. Me dijo que la primera novia de Rodrigo había muerto por haber tomado unos comprimidos para poder dormir.

Debía de ser muy tarde y me levanté para irme. He querido buscar esta huída mía en el momento de más interés y no lo he conseguido aún. Al levantarse mi sobrina para despedirme se le cayó un tubito que me precipité a coger.

—Estas pastillas—le confié—sirven para poder conciliar el sueño. ¿Acaso tomas esto?

—Yo tampoco puedo dormir.

Le cogí las manos. Temblaba. Sus ojos casi eran lo mismo que los de mi mastín.

—¡Estás obsesionada! Eres una chiquilla, la vida... Verás; el amor... La alegría... La risa...

No me escuchaba. Lloraba sobre mi hombro.

Serían las cuatro de la madrugada cuando desperté lleno de impaciencia, sobresaltado,—otra causa que no he podido explicarme: este despertar súbito, lleno de nerviosidad. La sonrisa de Rodrigo se acentuaba extraordinariamente. Quise comprenderlo todo. Me registré los bolsillos. No, el tubo no lo tenía yo. Rosa se había quedado con él.

Con ayuda del sereno pude llegar hasta la misma puerta de mi primo. Le contaría la verdad—pensaba yo—de lo que a aquellas horas allí me llevaba. Quizás—maduraba mi decisión—pueda salvar a Rosa. Poco tuve que esperar. Salió a abrirme ella. Su padre no estaba; desde que enviudó faltaba muchas noches de casa.

Le conté mi «pesadilla», el terrible despertar que había tenido... sonriendo y envejeciendo me dió el tubo de los comprimidos que buscaba.

Amanecía cuando volví a pisar la calle. El aire me sabía a restos de fruta, el suelo parecía manar agua podrida de algibes. Paseé por las calles. Una luz tibia y cruda me daba en la cara y en las manos. Yo comparaba el campo con la ciudad. Cuando volví a la casa de Rodrigo era plena mañana. Había llegado el tío procedente de Madrid.

A las cuatro de la tarde, como estaba previsto, fué el entierro. Cuando sacábamos el féretro miré hacia el balcón de Rosa y quise adivinarla entre los visillos, llorando.

Al terminar de dar sepultura a Rodrigo, su tío me abrazó; y después de darme las gracias varias veces, me dijo:

—Pobre muchacho. Era un niño cobarde y le ha podido la muerte. No supo vivir; quizás morir sepa.

Con el pretexto de que tenía que hacer algunas cosas antes de marcharme a Carlés, me despedí de todos y me dirigí a casa de mi primo.

Prometí a Rosa una próxima y larga visita y regresé a Carlés.

Poco tiempo estuve en Carlés. He vuelto a mi pueblo, al campo.

Sigo subiendo, como antes, a la montaña con mi mastín. Nunca conseguimos coger el cielo. Ahora miro a la tierra. Me gusta ver a los hombres del tamaño de la hormiga.

En el atardecer, en la puerta de mi casa, espero. Oigo el martilleo de mi vecino el carpintero—hijo pródigo que hace cajas para los muertos, cigarreras, dice él—, veo la luna sobre las rosas, la hija del ventero rompiendo aire, con sus piernas, como si fuese raso...

Mi mastín ladra a la noche.

—¡Mastín, cállate!... Que pronto, el día.

FICHERO DE AUTORES EXTREMEÑOS

Con objeto de hacer un Fichero de Autores nacidos en Extremadura, avecindados en cualquier localidad de ella, aunque no hubieran nacido en la región o simplemente dedicados al estudio de nuestros temas literarios, históricos, artísticos, etc. rogamos a cuantos se hallen en cualquiera de las circunstancias predichas, nos comuniquen nombre y apellidos; pseudónimo, en caso de usarlo; señas domiciliarias, residencia y lista de obras o folletos que hubiesen publicado, con indicación del lugar y año de la impresión.